



colección
juntos son dinamita
funesiana

les inquilines

antología de cuentos

les inquilines

les inquilines

antología de
cuentos

funesiana
2021

Les inquilines: antología de cuentos del 1° Certamen de Narrativa Inquilina / Luciana Ravazzani ... [et al.] ; jurado compuesto por Rosario Bléfari, Leandro Vera Belli, Hernán Vanoli, Sebastián Rodríguez Mora, Andrea Sacchi Caldara y Lucas Oliveira; fotografía de María Bondoni ... [et al.]; prólogo de Andrea Sacchi Caldara. — 1a ed — Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Funesiana, 2021.

Libro digital, PDF – (Colección Juntos son dinamita / Oliveira, Lucas; 2). Archivo Digital: descarga.

ISBN 978-987-4140-11-1

1. Hábitat Urbano. 2. Literatura Contemporánea. 3. Derecho a la Vivienda.

CDD A860



Revisión web y PDF: Romina Kuhn.



Diseñado en talleres propios ubicados en Floresta, Buenos Aires, Argentina

Primera edición en PDF

| marzo de 2021 |



LES INQUILINES

1° Certamen de Narrativa Inquilina 2019

Esta antología se gestó en medio de un importante proceso de lucha. Es el resultado del 1° Certamen de Narrativa Inquilina “La voz de los inquilinos y las inquilinas no debe ser el mercado inmobiliario”, que tuvo lugar a mediados de 2019. Fue impulsado por La Asociación Civil Inquilinos Agrupados junto con la Revista Crisis y el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).

Su objetivo principal fue la construcción de una voz para un sector históricamente silenciado e invisibilizado de nuestra sociedad a través de la escritura de pequeños textos que reflejen nuestra condición, experiencias, anhelos y reflexiones. En estos podemos encontrar variedad de historias y cuentos que tienen un denominador común, y que reflejan una problemática que, aún hoy, vivimos.

Esta antología creció al calor de la tan esperada Ley de Alquileres –ley 27551–, que fue sancionada casi un año después de este certamen, por lo que la coyuntura era otra. No creemos haber cantado

victoria, más bien hemos dado un paso importante y clave en materia de derechos y visibilidad. La historia, hoy, no es tan diferente. Sabemos que las leyes vienen después, luego de que las cosas suceden, porque parten de las luchas, de la experiencia y las vivencias. Y sabemos, también, que se requiere de todxs para hacerlas cumplir. Sería imposible de manera individual; se trata de un trabajo colectivo, en el que Inquilinos Agrupados opera como base e impulsor para construir un nuevo colectivo que represente, agrupe y manifieste lo que nos sucede a las personas que necesitamos alquilar en la Argentina.

Sabemos que no a todxs lxs afecta de la misma manera. A cada sector de nuestra sociedad, que ha sido olvidado y maltratado, se le suma este peso difícil de sostener por su cuenta. Mujeres y familias con hijxs a cargo, personas con bajos o nulos ingresos, con trabajos precarizados, disidencias discriminadas, criminalizadas, son quienes sufren más los avatares del acceso a un techo. Los intereses en juego alrededor de las tierras y los negocios que se tejen a partir de ellos, siguen su curso. Operan subrepticiamente, se arrastran por debajo de lo que a primera vista puede parecer un enfrentamiento entre privados: propietarixs vs inquilinxs.

No nos dejemos engañar, esa no es la lucha que damos. Por eso, el arte y la cultura se hacen presentes. Porque la cultura la construimos día a día y, si no nos representa, la podemos cambiar. Lo habitacional también es político.

Construir una voz desde la multiplicidad siempre es un desafío y, en este caso, es también una necesidad. Como todo lo que se arma desde las bases, implica unión de voluntades, esfuerzos y motores que se alimentan a pulmón de quienes le ponen cuerpo y vida a la causa.

Esta antología no escapa a esa lógica. Hubo dimes y diretes así

como diferencias de criterio a la hora de avanzar hacia el objetivo. La clave está en el movimiento y en el acuerdo colectivo de hacia dónde, cómo y por dónde transitar.

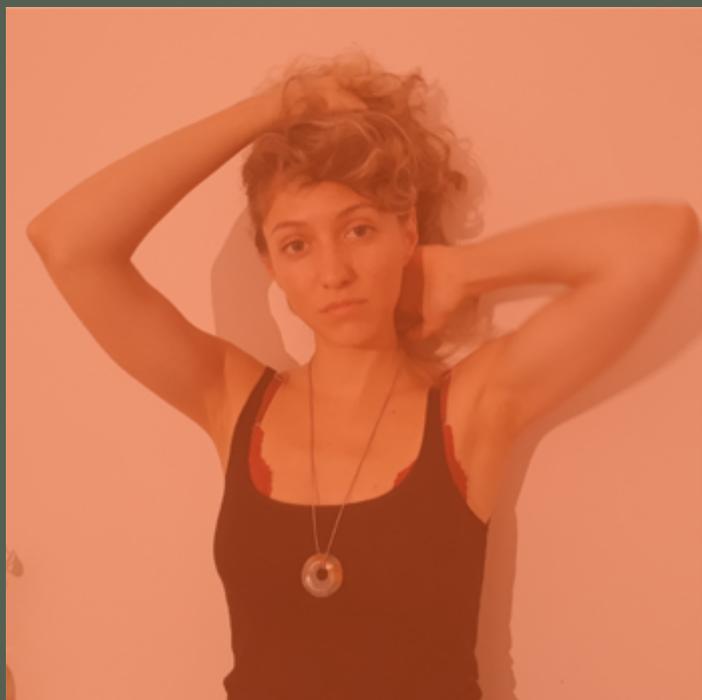
Aquí hubo mucho de eso y cada parte puso de lo suyo para avanzar en pos de un objetivo común. Tal vez lxs lectorxs no lo sepan, mas la editorial que reúne y cura los textos que se leen a continuación hace su trabajo de corazón y desde la potencia del deseo, ese que mueve montañas o sabe cómo abrirse camino hacia ellas. En este caso, la montaña son esos ojos y corazones que reciben el libro objeto, resultado final de un trabajo

enorme. Funesiana se propuso humilde y desinteresadamente regalar uno de los premios del concurso mencionado más arriba: que lxs ganadorxs del mismo formaran parte de una antología inquilina para agrupar voces que expresan, de primera mano, una problemática presente en nuestros días: el derecho humano a una vivienda digna.

Esta antología es, sin dudas, un libro infaltable para quienes –todxs– se interesen por la temática. Se trata de la oportunidad única, hasta hoy, de encontrarse, en primera persona, con quienes vivimos cotidianamente la problemática habitacional, que más que

un derecho humano parece el sufrimiento de lxs que no solo no tienen voz sino tampoco techo ni lugar para habitar y construir su vida.

ANDREA SACCHI CALDARA



Andrea Sacchi Caldara

Nació en enero de 1986. Nutre su pasión por las letras y los discursos desde muy temprana edad. Es así como llegó a la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, sin la cual no sería quien es. Trabajadora de la Cultura y el esoterismo, reparte sus días entre libros, danzas, cantos y escritura. Participó de talleres literarios en su adolescencia y, más adelante, de otros dictados por la Asociación Psicoanalítica Argentina. Actualmente, transita su formación en Astrología. Le gusta percibirse como “proceso constante”. Mueve cuerpo y alma desde el ecofeminismo. Publicó su primer libro, “El Antídoto de la Cobra”, por Funesiana.

1

-  15 El principio de la enredadera
Luciana Ravazzani
-  26 Las bolsas
Paz Schechtel
-  34 El garante
María Bondoni
-  47 Tres visitas
Iván Hochman
-  60 El Alta
Matías Luchetta
-  72 Chanchín
Felipe Quiroga
-  86 Un cuarto propio
Claudia Chamudis
-  98 Lo huésped
Oscar Bustamante
-  109 De calefones y paredes
Daniel Mondotte
-  119 El café no despierta
Matías Reyero
-  126 Portadas de los cuentos



EL PRINCIPIO DE LA ENREDADERA

Luciana Ravazzani

Me mudo sin inmobiliaria. A una casa. Alquilo a dueño directo que no pide garantía y eso es sin dudas un punto a mi favor. Las veces que tuve que pedir garantía, sentía que estaba pidiendo un riñón. “Lo pido de buena fe, soy una chica seria, pero si tu riñón me hace falta, no voy a poder devolvértelo.”

La casa queda en Florida, un barrio tranquilo de la Provincia. El dueño se llama Manuel y tiene la impunidad de las personas que tienen mucho dinero. Lo imaginé pasando las Fiestas en Nueva York vistiendo un suéter con el dibujo de un reno de nariz colorada y gorro de Papá Noel.

Su mujer me ofrece de beber. Una copa de vino a las once de la mañana

contrasta con su bicicleta rosa y sus ojos soñadores. Pienso que la droga más adecuada para ella es la marihuana cuando veo a través de la ventana una planta de cannabis de gran altura. Ella nota que estoy mirando la planta y me dice que cuando esté florecida, va a regalarme un frasco. Casi nunca sé qué decir cuando una de las posibles respuestas es “gracias”.

Manuel me conduce por un pasillo. La casa donde vive da al frente y la que alquila está detrás. El final de su jardín se separa, a través de una pared de cemento, con el principio del que iba a ser temporalmente mío. Me habla del jardinero. Cae como cascada de la pared que nos divi-

de, una enredadera. Trepó desde su pared y ahora desciende por este lado. La enredadera me hace pensar que la convivencia con ellos va a ser mucho más cercana que la que uno puede tener con vecinos en un departamento. ¿Qué cosas vamos a estar obligados a compartir?

Cuando él festeje el cumpleaños de su hijita, voy a tener noticias y cuando yo invite amigos a beber una noche de verano en el jardín, él nos va a escuchar. Para hablar de él, de su mujer, de la planta de cannabis como una promesa, vamos a tener que susurrar.

El hecho de que Manuel sea el propietario de mi casa, me pone en una situación de alerta permanente.

Nunca tuve tan cerca al dueño de mis distintos hogares. Siento que él me está prestando su casa con una absoluta confianza que no quiero que me tenga, porque cuando él me obliga a recibir el regalo de su confianza, el beneficio de la falta de garantía, la fraternidad de su mujer, me está pidiendo un día de sol, a través de los jardines, que ya que tengo que pagar la luz, el agua y el gas, le haga el favor de pagar también sus servicios, que él después me pasa el dinero o lo descontamos del alquiler.

Manuel es el jefe encantador que no te da la libertad de detestarlo. Él lo sabe y también puede intuir mi incomodidad. Se la atribuye a una

timidez que él intenta desterrar. Si somos vecinos y nos podemos llevar bien.

Florida no tiene sino casas bajas y los domingos es un placer caminar por el barrio. Paso por Hipólito Irigoyen y José María Paz. En la esquina, hay un restorán. En la mesa de afuera, Manuel, su mujer Julia y su hijita Amparo, almuerzan en una mesa en la vereda. Me llama “vecina” y me dice que me tenía que contar que ese era el mejor restorán de la zona. Me ofrece un bocado de su plato, me pasa el tenedor. Con Manuel nunca sé cuáles cosas estoy en condiciones de rechazar y cuáles no. ¿Es necesario que me ofrezca de su almuerzo? Me pregunto qué tipo de

relación quiere establecer. Acepto su tenedor y, claro, tengo que estar de acuerdo en que ese bife de chorizo es delicioso.

Vuelvo a casa y me recuesto. Me quedo dormida. Cuando me despierto, pasaron dos horas y estoy de buen humor. Pienso que quizá no sea tan malo entablar algún tipo de vínculo si es que en la Provincia los vecinos cobran un carácter de valor. Es en ese momento cuando Manuel se asoma por la pared que nos divide. Se para sobre una tarima y queda su cabeza descubierta. Me saluda, lo miro y le sonrío, creo que es la primera vez que lo hago. Entonces, me hace la propuesta. Estaba pensando que estaría bueno que yo tuviera un

juego de llaves de su casa y él un juego de llaves de la mía, para regarnos las plantas y darles de comer a los gatos cuando alguna de las dos casas quede vacía por viajes, vacaciones o lo que sea. Es verano, imagina que puedo irme por unos días.

En ese momento pensé que él ya debe tener un juego de llaves del fondo si es el propietario. Me dio terror. No creí que no las tuviera, pero tampoco había pensado alguna vez en eso: él puede entrar a mi casa cuando quiera. Puede regar mis plantas, sobar a mis gatos, abrir mis cajones, leer lo que escribo, evaluar la calidad de los elementos que ocupan su reino.

Otra vez acepté, ya sin sonrisa. Pero en caso de viajar, mamá o alguna amiga se avendrían de buen grado al cuidado de plantas y animales. No tengo de qué preocuparme. Mientras haya gente en casa, no va a entrar.

Esa misma tarde, la amiga ideal para los cuidados en caso de viajes, me llama para invitarme una semana a una quinta. Mamá iba a estar disponible, así que acordamos fecha. Me pasaría a buscar con su auto.

Puedo decirle a Manuel “No quería molestarte, además, mi mamá ama a los gatos”, lo que no digo es que además es una mujer silenciosa que no es muy dada a conversar, así que

no se van a quedar charlando pared de por medio.

Con mi amiga nos toca una semana de lluvias torrenciales. Tanto que parece un alivio volver. Cuando llego a casa, mamá sentada en una reposería afuera acaricia a uno de los gatos en su regazo y me mira de esa forma rara que miran los padres cuando hay algo que no está funcionando.

Manuel está en mi jardín juntando los escombros de la pared que dividía los terrenos. Me da la bienvenida y me dice que pasó la Municipalidad. Esa pared no está en los planos, pero ya llamó al jardinero. Podemos tener un hermoso jardín compartido. Pregunta si me gustan las calas.

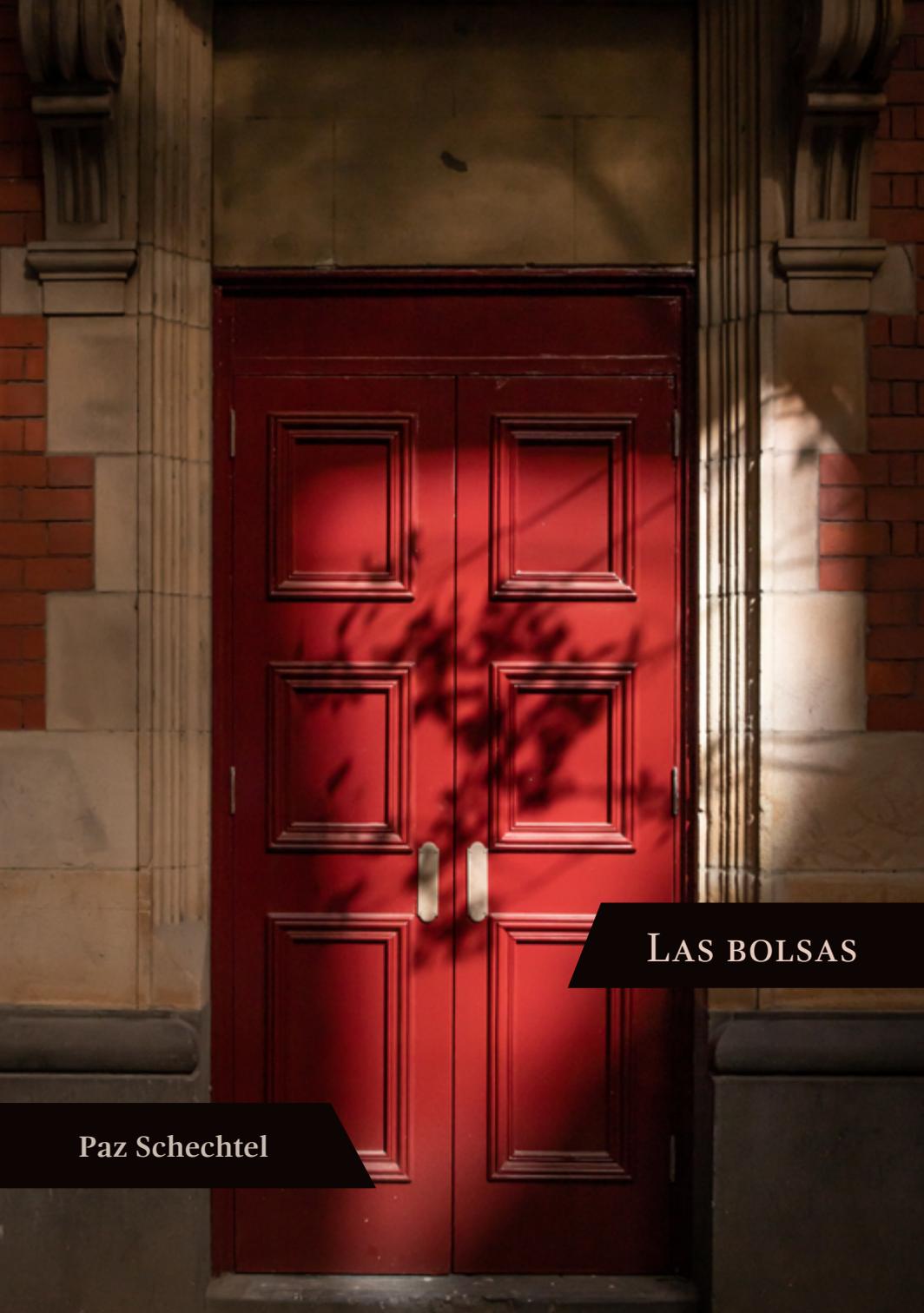


Luciana Ravazzani

Nací en Buenos Aires el 31 de mayo de 1981. Soy licenciada en Psicología. Publiqué los libros de poemas *El ombligo de las naranjas* (Pánico el Pánico, 2011); *Intenciones de hablarte* (Pánico el Pánico, 2012); *Desde las bisagras* (Ediciones en Danza, 2015), *La intemperie es un lugar seguro* (Ediciones del Dock, 2019); *Poemas sobre toro* (El Vendedor de Tierra, 2019) y en narrativa, *Recién despierta* (Alción editora, 2017).

Participé de la antología de relatos e imágenes *8cho&och8* (Arset ediciones, 2014).

Con el colectivo literario “Las Claudias” publiqué el eBook *Pelos* (Outsider, 2015) y *Retrato de Claudia Bollini* (Unrío ediciones, 2017).



LAS BOLSAS

Paz Schechtel

Los zapatos lustrados del hombre se enterraron en el pedregullo que separaba la casa de la calle. Avanzó hasta la entrada, ignoró el timbre que, gris y redondo, sobresalía de la pared y abrió la puerta de una patada. La chapa chirrió y se desprendió un poco del dintel, debajo del cual divisamos su figura esbelta, enfundada en un traje negro y fino –seguramente caro–.

¡Orden de desalojo!, gritó. Y entró, mientras nos dejaba ver unas bolsas de arpillera marrones que se alargaban de sus manos, como ríos. Mamá, que en ese momento horneaba un pollo, tiró el bastón al suelo. Se escuchó el ruido de la madera al golpear contra la hela-

dera blanca. Miré una arañita que había en una mancha de óxido, en el borde.

Habíamos desparramado los juguetes en el piso y armábamos un castillo con ladrillitos. ¡Guarden sus cinco porquerías acá y salgan!, nos dijo, tirándonos las bolsas en la cara. Yo agarré una y guardé mi pelota y las zapatillas que hacía un rato me había sacado. Pero enseguida me di cuenta de que podía llevármelas puestas y así dejar lugar para guardar otras cosas, como los juguetes de Helena. Saqué también la pelota y dije que la patearía hasta donde fuese que tuviéramos que ir.

Mamá levantó el bastón y llegó hasta el sillón en donde estaba sentado el hombre. Había sacado el celular y miraba la pantalla, moviendo el pulgar, como si nada. Es un error, dijo ella, mi esposo paga el alquiler todos los meses. Cuando venga de trabajar...

Pero él la interrumpió y dijo: ustedes son unos perros que no valen nada. Mamá tenía los ojos vidriosos y se mordía los labios. El hombre dijo: ¡diez minutos! y salió.

El pollo silbaba en la asadera cuadrada. Apagué el horno. La casa era chica. El lugar en donde estábamos y una habitación. Helena se prendió de la pollera de mamá

que abría y cerraba los cajones del aparador. No puede ser, José, decía, como para sí misma.

¡Buscá en el baño!, me pidió. Fui corriendo y abrí las dos puertas espejadas aunque no sabía bien qué era lo que tenía que encontrar.

Volví cuando escuché el ruido de la puerta de calle. El hombre se hundió en el sillón, como un tajo. ¡5 minutos!, gritó.

Mamá se fue para la pieza con Helena todavía tironeando de la pollera. Agarré una de las bolsas y la seguí. Cerrá, me dijo. Después se paró frente al ropero de pino. Corrió cinco o seis perchas a la vez y buscó en el fondo la lata en donde guardaban las cosas impor-

tantes. Los dedos presionaron. Se escuchó un tac seco. La tapa redonda cedió. No había papeles, tampoco estaban los míseros ahorros que tenían, ni el anillo de oro de la abuela. Solo encontró la estampita de mi comunión, el diente de leche de Helena y el reflejo de su cara demacrada en el fondo plateado de la lata.

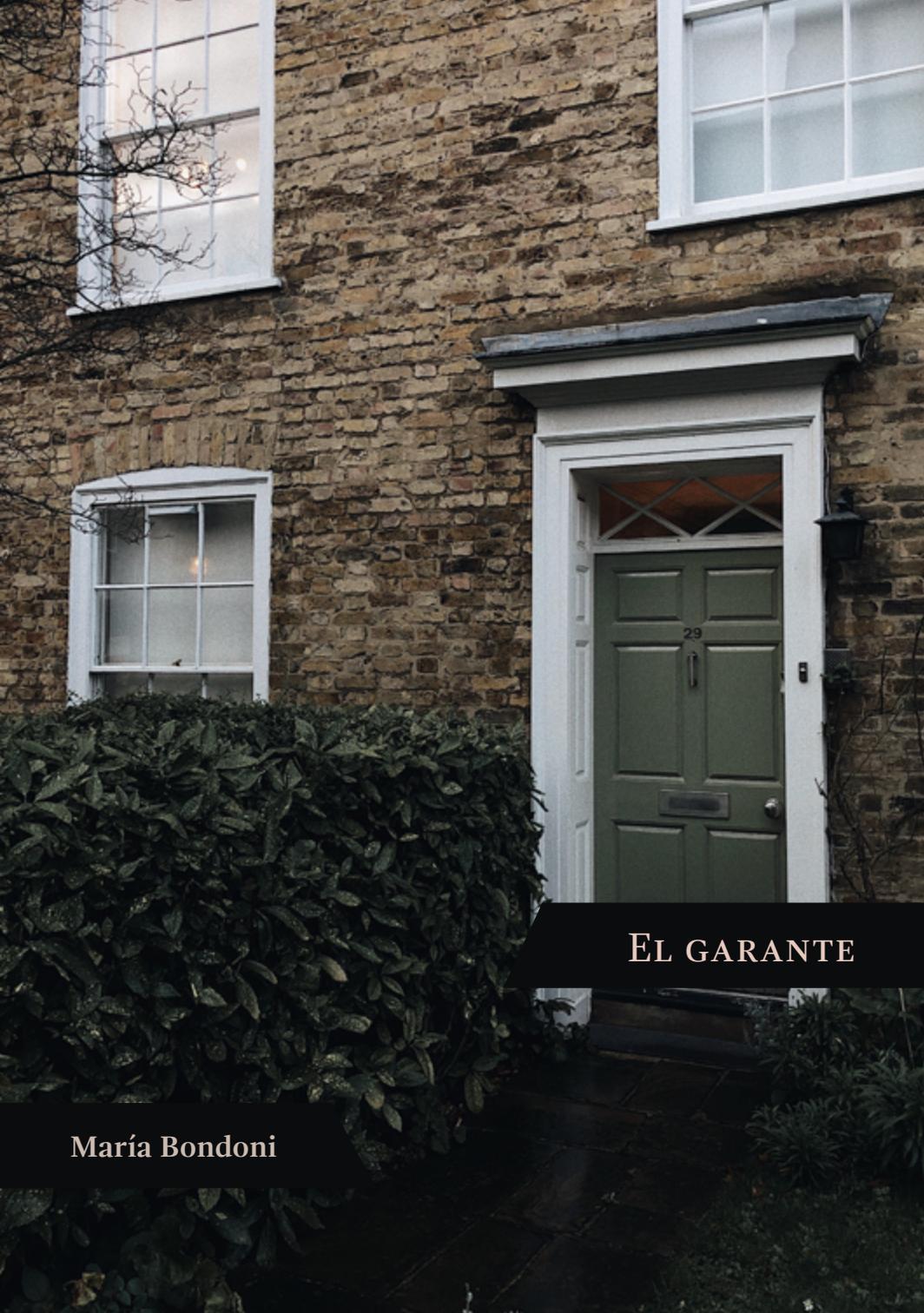
El hombre abrió la puerta y la correntada empujó la cortina contra la mesa de luz. El tul acarició el atado de cigarrillos de papá. Él lo agarró, lo golpeó contra la mano, sacó el encendedor y un cigarrillo. Le apretó la punta, para que supiera a menta y sonó un plip. Después lo prendió. Entonces me acordé de

esa mañana temprano. De las cosas que hacía papá antes de irse: el abrazo silencioso por encima de las sábanas. El ruidito al cambiar el sabor del cigarrillo. Y entendí por qué ese día, me había pedido perdón. Sí, después había sonado ese *plip*, como quien revienta un piojo.



Paz Schechtel

Nací en Azul, en 1981. Soy abogada por la Universidad de Buenos Aires. Completé el Curso de Escritura Narrativa en Casa de Letras y actualmente asisto a talleres de lectura y escritura dictados por la escritora Patricia Ratto. Mis cuentos “Desde el asiento de atrás” y “Navidad” fueron premiados y publicados en *Audiocuentos (Una brecha)* y *Antología del Banco Itaú*, respectivamente.



EL GARANTE

María Bondoni

O inventamos o estamos perdidxs

Margarita Roncarolo

El auto rojo estacionó a unos metros. No tenía patente, era nuevo. El bar quedaba en la esquina de la inmobiliaria. Luisa estaba sentada con la mochila sobre las piernas. Él bajó del auto, caminó unos metros y entró lugar como animal nervioso, desorientado. La vio, se sentó y la saludó con un beso rápido en la mano. Dejó el maletín encima de la mesa y se pidió un cortado. Lo tomó en silencio. Cuando terminó, se limpió la boca con una

mano que luego apoyó sobre su cara y sonrió:

—Yo sabía que este día iba a llegar. Ponete el abrigo que hace frío y acompáñame al auto.

Mientras caminaba, Luisa miraba a la gente que pasaba, trataba de concentrarse en sus caras, qué llevaban puesto, de qué hablaban. Pensó en un árbol, en el otoño, en el color de las hojas, en su lenta caída. Apretó la lengua contra los dientes y respiró, no era momento para llorar.

Pedro había sido amigo de la familia durante años. Todas las navidades la pasaba a buscar y la llevaba a Luján para agradecerle a la virgen. Era un paseo que hacían

juntos. Él le regalaba una botella de agua bendita y una estampita, ella las coleccionaba.

Luisa entró al auto y se sentó del lado del acompañante. Hacía frío. En otra ocasión, hubiera aprovechado esa película blanca, que se forma cuando el vapor condensado se apoya sobre las ventanas, para dibujar formas con su dedo, pero este no era el caso. Sabía que no debía mover sus manos de donde estaban.

El primer movimiento había sido exacto, rápidamente había colocado sus manos dentro de los bolsillos del vestido que traía puesto y las había dejado así, apretadas bien fuerte contra sus piernas. Sentía

cómo le sudaban y las escondía para que él no las viera. Lo miraba fijo. Un nudo le apretaba el estómago. Un yunque le pesaba en el pecho. Se concentraba en un lunar de su frente, intentando no mover la vista de allí. Sabía que no estaba preparada y se refugiaba en pensamientos infantiles mientras lo escuchaba escupir palabras sobre el tablero.

Un recuerdo: ella no tendría más de cinco años y se había lastimado la rodilla haciendo piruetas con su bici sin rueditas. Él ya pasaba los treinta y le ponía alcohol, la soplabá, la miraba y volvía a soplar. Sin-

tió que iba a vomitar. Apretó más fuerte las manos y no parpadeó.

—Mirá, Luisa, yo no puedo firmar el contrato, no así...

—¿Y cómo, entonces? No entiendo.

—Es que ser garante de alguien es algo serio.

—¿Qué pasa, Pedro? Conocés a mi familia hace años.

—¡Ey! ¿Cómo es eso de Pedro, enana? Decime tío, yo soy tu tío.

—Pasaron muchos años, Pedro.

—Justamente, ¿no? No creo que sea prudente ser tu garante.

Luisa bajó la cabeza, sacó una de las manos de sus bolsillos y la apoyó sobre la manija de la puerta. Quedó de espaldas. Escuchó cómo

él se movía, cómo su respiración se acercaba, sintió una mano sobre su hombro y giró para quedar de frente, otra vez.

—No, bueno, tampoco te vayas así, lo podemos charlar.

La bici sin rueditas y esa mirada clavada en la suya quince años después.

Los árboles, Luisi, pensá en los árboles. El ruido del mar Luisita, el color del río, el correr del viento. No escuches, Lui, no sientas, no ahora, ahora no, ya pasa. Luisa respiraba con los ojos cerrados.

La inmobiliaria quedaba en el centro de la ciudad. La mujer que le había mostrado el departamen-

to esperaba sentada detrás de un escritorio y sonriente. El olor de su perfume intoxicaba el poco aire que había en esa oficina de dos por dos:

—El garante ya firmó, los papeles están en orden —dijo—. Falta el depósito y te podés mudar.

Luisa puso sobre el escritorio un fajo de dinero.

—Perfecto, necesito entonces que firmes acá, acá y acá —dijo la empleada mientras con una mano apoyaba una pila de papeles sobre la mesa y con la otra arrastraba los billetes hacia el fondo de un cajón.

Luisa agarró una lapicera, vió la firma de Pedro a un costado y firmó un contrato por primera vez.

En la puerta de calle él la estaba esperando:

—Subí al auto, quiero mostrarte algo.

Recorrieron algunas cuadras hasta que llegaron a un edificio en construcción.

—Ahí Luisita— dijo señalando los cimientos— ahí antes había una panadería. Todos los domingos bien temprano nos veníamos con tu viejo acá y desayunábamos café con leche y medialunas. Qué hombre, Luisa, qué hombre fue tu padre, tan honrado. Pero un idealista, la propiedad le parecía... ¿cómo era que decía?

—No sé, Pedro, no tengo idea— el nudo del estómago apretaba —Lle-

vame al departamento, por favor, el flete llega mañana temprano.

El departamento de la calle Junín era un monoambiente, luminoso y con cocina separada. Luisa se imaginaba ahí rodeada de apuntes. Su papá le había dejado dinero suficiente para algunos años, no más de dos, un tocadiscos, miles de libros y el mandato certero de tener que hacer una carrera universitaria. Sociología sería, la facultad quedaba cerca.

—Nos vemos, enana —Luisa escuchó el ruido del motor y corrió hasta el ascensor, subió los siete pisos apretando la llave en su mano, sin sacar la vista del cobre. Abrió la puerta y recorrió con

los ojos el espacio vacío. Trató de pensar dónde pondría la mesa, dónde la biblioteca, en qué lugar iría el sillón, pero no se aguantó más. Corrió hasta el baño, se sacó la ropa y se metió en la ducha. El agua caliente sobre la espalda soltó el nudo y Luisa vomitó con la cabeza apoyada sobre los azulejos blancos. Las firmas, la cara de su viejo, el auto rojo, los billetes apilados, el olor a perfume, Luisa veía como todo salía de su cuerpo y se iba con el agua. Vomitó hasta que no quedó nada. Con el pelo todavía mojado caminó hasta el centro del departamento, se sentó con sus rodillas contra el pecho y se quedó contemplando el ínfimo es-

pacio que su cuerpo ocupaba ahí dentro. Cuando tuvo fuerzas, se acercó hasta su mochila y sacó de allí un libro viejo. Arrancó la primera hoja y la dejó en el piso. Se recostó sobre ella, usando el papel de almohada, luego de un rato logró dormirse. En una imprenta mayúscula, ya gastada, leyó...

LAS PAREDES
NO SIEN TEN .

TE QUIERE
PAPÁ



María Bondoni

Nací en 1990 en Buenos Aires pero a los pocos días me fui a Rio Negro, donde me crié hasta los seis años. Estudié y me recibí de Profesora en Educación Inicial y de Licenciada en Psicología en la Universidad de Buenos Aires. Soy psicoanalista y escribo desde que aprendí a hacerlo, por placer y necesidad. Comencé a compartir mis escritos hace poco tiempo, primero en los talleres de Margarita Roncarolo, a quien considero mi maestra de letras y luego junto a dos compañeros y amigos con quienes creamos un grupo de lectura y escritura llamado “No entendí la consigna” y nos embarcamos en la aventura de escribir para este concurso de Narrativa Inquilina.



TRES VISITAS

Iván Hochman

Zapiola 483
1 amb, fdo. baño

Abre un tipo que debe ser Ricardo. Todos los que alquilan departamentos se llaman Ricardo y se visten como este Ricardo. No hace falta que describa a mi Ricardo, es igual a los otros: el pelo en el pecho le asoma por arriba de la chomba color salmón. Y además lo del celular: lo llaman y el tono es una canción de Arjona. Ricardo famoso se pregunta por el altavoz del celular de mi Ricardo, por qué el amor es tan cruel. Mi Ricardo pone cara de perdón pero tengo que atender. Me acerco a cerrar la puerta; lo pienso mejor y la dejo abierta. Una tipa sale del baño y

camina hacia la zona de la cocina. Ricardo le pellizca el culo con una mano mientras sostiene el celular en la oreja con la otra. La cocina está incluida en el mismo espacio único. Hago tuco y me quedan las sábanas con olor a cebolla. Invito a alguien a dormir y me dice: ¿qué les pasa a tus sábanas?, me dan ganas de llorar con ese olor. Y me quedo solo el resto de mi vida. Ricardo empieza a gritar algo sobre la situación del país. La tipa se acerca con un vaso de vino. Miro por la ventana la calle embotellada, dos pisos más abajo. Escucho las bocinas, los frenazos, los motores rugiendo que no me van a dejar dormir. Y, qué te parece el

depto, pregunta la tipa. Lindo. Sí, a mí me encanta el edi, desde el sexto la vista es di-vi-na y Ricky es un bombón, se ocupa mucho de sus inquis, siempre pregunta cómo estás, está todo bien con el gas, es muy presente. Voy a pasar a ver al baño, digo. Encaro al baño pero la tipa se acerca de nuevo a la cocina y cambio de dirección hacia la puerta. Creo que podría soportar a Ricardo tocándome el culo cada vez que viene a revisar el gas, pero no el ruido ni el olor a cebolla en la ropa. Estoy por alcanzar la salida. Ricardo me mira. Freno. Qué carajo te pasa, grita. Balbuceo. Me interrumpe: no ves que sos un forro de mierda. Entonces me doy cuen-

ta que le está hablando al celular. Desde el pasillo escucho a Ricardo gritar que no se puede confiar en nadie. Bajo las escaleras corriendo y pienso que no, no se puede, y menos en los Ricardos.

Estomba 2631
1 bañ, 2 hab, coc

Toco timbre y espero a que abran la puerta del cuarto B. En primaria, era del B. Los del A eran cancheros y en las fiestas bailaban lentos y chapaban. Los del C se portaban mal y los profesores siempre estaban retándolos. Los del B éramos tranquilos, buenos, infantiles. Una noche de cuarto grado planeamos con dos amigos del B ponernos de

novios con chicas de otros grados. Yo decidí enamorarme de Marina, que era del C, pero tan buena y tranquila que parecía del B. Ella me dijo que no quería ser mi novia, una actitud muy del A, y durante más de un año me la pasé llorando para que dijera que sí. Al final, aceptó. Solo nos hablábamos por carta y nunca, ni una vez, nos dimos un beso.

Abre una Ricardo versión mujer y con una sonrisa de dibujito animado me invita a pasar.

El ventanal da a una plaza. Tomo mate a la mañana y miro cómo se mueven los árboles con el viento. Un rayo de sol calienta la casa. Un pájaro se posa sobre una rama

y silba. Ahora canta una canción de Madonna. Abro la ventana y entran un montón de pajaritos. Cantamos todos juntos, bailamos, tomamos mate, los pajaritos también, se arma todo un musical y vuelo por la ventana cargado por los pajaritos que me sacan a pasear por la ciudad. Ricarda sonriente me toca el hombro. ¿Seguimos?

En el dormitorio también hay una ventana que da a los árboles del parque. Un pájaro se posa y me guiña el ojo. No puedo, me vas a hacer quedar mal.

Entro al baño y miro mi sonrisa en el espejo. Hace tiempo que no me veía así de excitado. Juego un

rato a poner caras y hacer sonidos extraños.

Ricarda sonriente me espera afuera. No tan sonriente.

—Me encanta el departamento, creo que lo quiero —casi le grito.

—¿Sí? —su cara se ilumina de vuelta.

—Sí, estoy seguro. Quiero el cuarto B.

Bonpland 1622
1 amb, fondo, balcón

Un monoambiente a estrenar. Moderno. Las paredes son blancas. No sé qué más mirar: es un espacio tan vacío que desapareció el motivo para estar acá.

Papá tomó el turno y me reenvió un mail con la confirmación unas horas antes de la cita, sin darme tiempo para cancelar. Ni siquiera se ofreció a acompañarme. Ahora un nuevo Ricardo mira intrigado mi cara inexpresiva, esperando quizás que le pregunte cuándo es lo más pronto que puedo mudarme.

Entro al baño escoltado por el Ricardo que mira fascinado cómo miro cada cosa. El separador de la ducha es de vidrio. Me estoy bañando, cualquiera entra y me ve desnudo. Me pongo nervioso, me patino con el jabón y me rompo la cabeza. No sé qué hago acá. Ya encontré el departamento ideal. No

quiero seguir buscando. Aunque todavía no les conté nada a mis papás. La cama es moderna, el colchón montado sobre una estructura de acrílico. Intento disimular, pero me parece que el Ricardo se da cuenta de que no me gusta. Todos ven siempre lo que me pasa. La cocina tiene alacenas de madera blanca con ventanas redondas y el interior hueco. Abro y cierro los cajones vacíos que se deslizan emitiendo un chirrido metálico. El Ricardo ni se inmuta.

—¿Y ese ruido? —le pregunto.

—¿Qué ruido?

—Este, este ruido —abro y cierro los cajones con más fuerza—. ¿No lo escuchás?

—Ya sabe, todo se arregla con VW40.

—No todo, eh, no todo se arregla con VW40 —gruño, sacudiendo los cajones.

Me vibra el celular en el bolsillo. Es un mensaje de la inmobiliaria de Estomba 2631: Milo, si no venís a dejar la seña se va a caer la reserva.

El Ricardo aprovecha que solté los cajones y me pregunta:

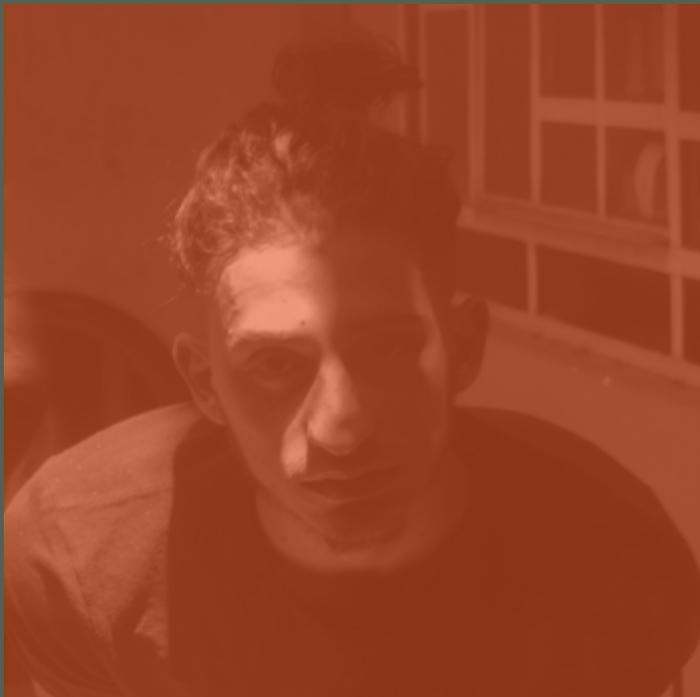
—Entonces, ¿quiere que le muestre la terraza?

—No, no me gusta el departamento.

—Buenísimo, pase a dejar la seña en planta baja.

Intento descubrir si me hizo un chiste o escuchó mal o qué. Tiene la mueca intacta. Nunca vi a nadie sostener tanto tiempo una expresión. No mueve un músculo. Guardo el celular en el bolsillo y miro fijo al Ricardo expectante. El primero que pestañea pierde.

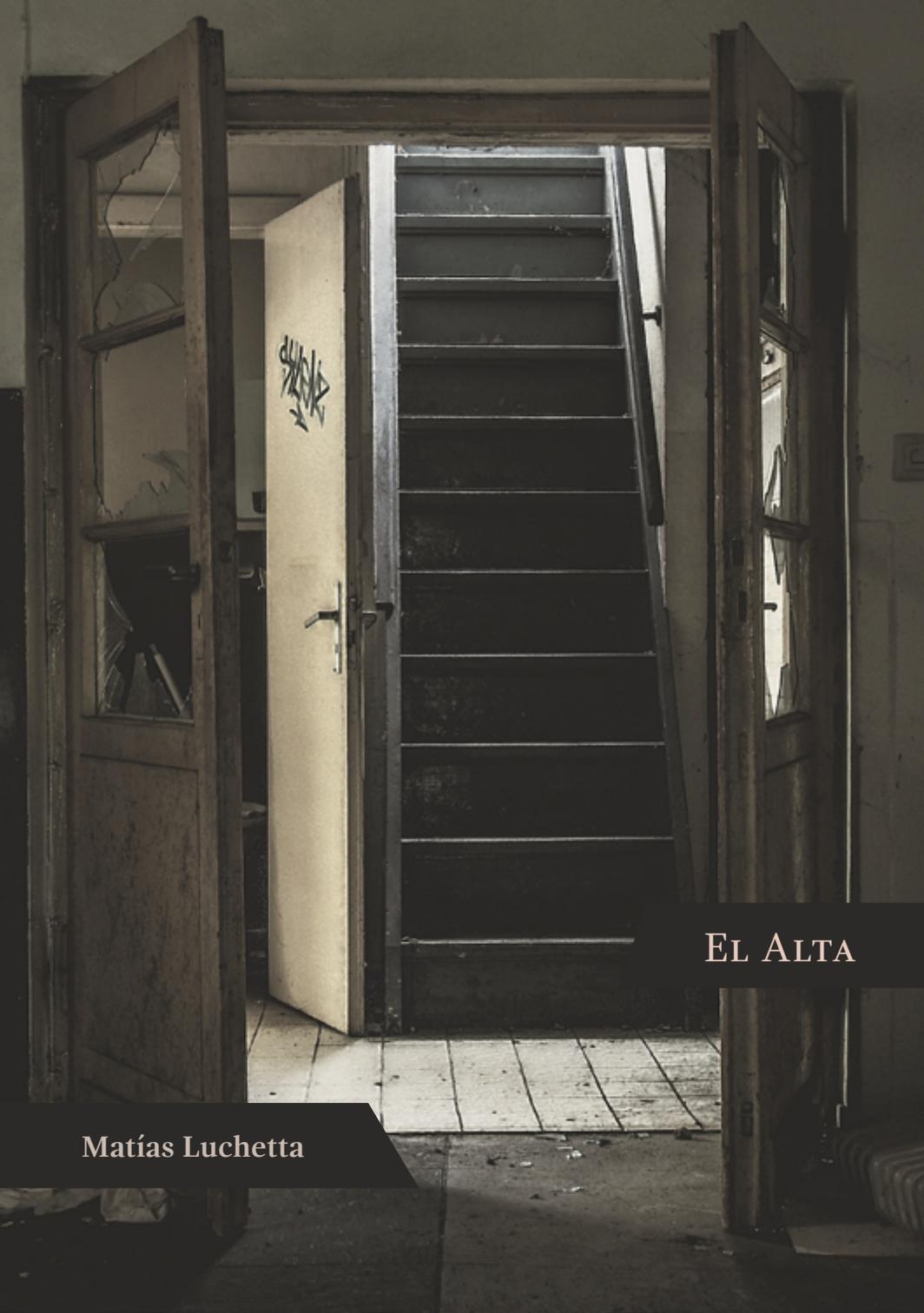
Tengo ganas de llorar.



Iván Hochman

Soy actor, docente y escritor. Me formé en actuación y dirección con Nora Moseinco, César Brie, Nano Zyssholtz, Manuel Longueira y Claudio Martínez Bel, entre otros. En 2014 egresé de la escuela “TCC” de cine contemporáneo, donde estudié Dirección de Cine. En 2015 egresé de la EMAD, donde hice la carrera de Formación del Actor.

Desde el 2016, estudio Artes de la Escritura en la UNA. Hace años trabajo como docente en la institución Sholem-Zumerland, con niños de 7 a 13 años. Soy profesor de teatro en el Colegio Pestalozzi.



EL ALTA

Matías Luchetta

Saco mi celular y llamo a mamá. No atiende. Es un día soleado y no hace tanto frío. Me siento en los escalones de la entrada del hospital. Entré en invierno y hoy es primavera, pienso. Busco en el bolsillo uno de los cigarrillos que le compré a Zulma. Que te vaya bien, Torito, me dijo, cuidate. Zulma nunca me fió. Siempre pedí y pagué con lo justo. No le convido nada a los locos, ni puchos ni yerba porque si no tengo que andar repartiendo por todo el hospital y ahí sí me voy a quedar sin plata. Me parece que por eso, por no deberle o por no molestarla tanto, Zulma salió del mostrador y me dio un beso.

Sobre la calle Paracas alquilan habitaciones por noche. Es uno de los lugares a los que se puede ir porque aceptan locos. La dueña era jefa de enfermería en uno de los servicios del hospital. Enseguida se da cuenta cuando trata con uno de nosotros. Se nos nota en la cara el hospicio. Mamá no quiere que vuelva a casa. Todavía no, me dijo. Yo la entiendo, aunque tampoco estuve mejor yendo a los consultorios externos, eh. Y el psiquiatra me da un montón de Halopidol y Clonazepam que me ponen estúpido y me dan temblores. Tal vez sea así y mamá tenga razón. Tal vez tenga que quedarme un tiempo solo y curtirme. Hacer

la cama, cocinarme, hablar con la gente y crecer. Plata tengo, me la dio ella. Seguro me está poniendo a prueba.

La dueña me recibe en la entrada. Ni hola me dice. ¿Cuántas noches te quedas?, pregunta. Son solo habitaciones compartidas, cocina compartida y baño común. Trescientos pesos la noche. Hay espacio en la de seis. Si hacés quilombo, te vas. Me mira fijo, como escanéandome. Bueno, le digo. Intento mantener la calma, pero ella está muy acelerada y habla muy rápido. Me lleva a una habitación del primer piso, por una escalera color celeste que está en el patio de la casa. El patio es el pulmón del

lugar. Desde ahí levanté la cabeza y vi las puertas de todas las habitaciones. Hay algunas personas que se asoman por la baranda y fuman y me miran. El piso tiene baldosas bastante gastadas con formas de rombos marrones y negras. Las paredes están muy húmedas y en las partes donde algunos pedazos se cayeron, pintaron encima. También hay helechos que crecen entre las rajaduras del cemento. Se escucha cumbia. La dueña pasa dos habitaciones y entra en la tercera. Me señala una cama con una frazada amarilla tirando a blanca. Ahí, me dice. Acomodate.

Me acerco a la cama y dejo el bolso. Saco el celular, un cómic del

Eternauta que me regalaron en el servicio, un cuaderno, un cubilete con dados, una bolsa con shampoo, jabón y cepillo, cartas y la ropa. Llamo a mamá para decirle que encontré lugar. No atiende.

Hay solo una persona en la pieza. Es un viejo que está en la última cama contra la pared. Duerme y tiene un cenicero al lado, lleno de colillas. No ronca. Lo tengo visto del hospital, me lo crucé un par de veces por los jardines, si mal no recuerdo. Seguro es un externo que está en el pasaje hacia su casa. Como yo. Me tiro en la cama y agarro el Eternauta. Cuando me voy a poner a leer entra la dueña y me pregunta si está todo bien.

Le digo que sí y me vuelve a preguntar cuántas noches me quedo. No sé, le digo, ¿te puedo ir pagando por noche? Refunfuña un poco pero me dice que sí. Dos anticipadas, me dice. Arreglamos ahora y bajá a anotarte en el registro. Bajo con ella y anoto mi nombre, DNI y el número de contacto de mamá. Le pago seiscientos pesos que agarra y los mete en su bolsillo de adelante del delantal. Gracias, me dice. En la cocina hay pan que hizo mi marido. Y tortas fritas. Agarrá, si querés. Gracias, le digo.

La cocina está en planta baja y se ve el patio desde ahí. Está todo ubicado como en un cuadrado. Un cuadrado de dos pisos. Es bastante simple

el edificio, antiguo también. Me gusta. El mate está caliente y saco otro de los cigarrillos que le compré a Zulma. Hay una radio en la cocina y la prendo, pongo el volumen bajo por si alguien está durmiendo, como el viejo en la pieza. Tomo unos mates más y veo que la dueña baja las escaleras y se acerca a la cocina. Dejaste todas tus cosas arriba de la cama. Sí. No hagas eso. Guardalas en el cajón de al lado. No es seguro, alguien puede pasar y llevárselas. Te doy la llave del candando. Guardalas ahí y no pierdas la llave. Bueno.

Apuro el último mate y voy a la habitación. El viejo sigue durmiendo, de cara contra la pared.

Agarro, de arriba de la cama, el cubilete con dados y tiro arriba del cajón. Casi full. Junto las cosas que me quedan, las guardo y pongo el candado. El cubilete lo dejo. Alguien golpea la puerta y, cuando me doy vuelta, hay un hombre grandote, morocho, en musculosa blanca, que me mira. Tiene el antebrazo apoyado contra el marco de la puerta. Se toca el pelo por arriba de la oreja y me sonrío.

—Hola, ¿sos nuevo?

—Sí.

—Bienvenido.

—Hoy voy a hacer ñoquis para la cena. Si querés comer, son cincuenta pesos.

—Gracias, le digo.

Me clava una última mirada, da media vuelta y se va. Yo me quedo en cuclillas, frente al cajón. Justo me vio guardando mis cosas y ya sabe dónde las tengo. Tranquilo, Torito, no pasa nada, no empieces. Guardo la llave en el bolsillo de atrás del pantalón y dejo la habitación.

Salgo a Paracas y el sol me pega directo en la cara. Camino hasta la esquina y doblo hasta Ramón Carrillo. Cruzo la avenida y paso la seguridad del hospital. Dos gordos sentados que no hacen nada me ven pasar a los tumbos. Entro al pabellón central dejando

algunas caras que me miran. Llego a las escaleras que van al subsuelo. Paro. Me tranquilizo, intento regular la respiración y me tomo unos segundos antes de bajar, como a punto de entrar a una ceremonia. Erguido, respiro hondo. A medida que voy llegando a la cantina veo las mesas, las sillas, unos ceniceros y algunos locos sentados mirando televisión. Y Zulma, atrás del mostrador, vende cigarrillos.



Matías Luchetta

Nací un 29 de Octubre de 1990 en Agronomía, C.A.B.A. Soy psicólogo recibido de la Universidad de Buenos Aires. Participé durante tres años en el Frente de Artistas del Borda y con el taller de Letras publicamos *Palabras para Despertar*.

Asistí a los talleres de escritura de Pablo Ramos, Margarita Roncarolo y Luciano Lamberti. Formé parte del grupo de escritura experimental “No entendí la consigna”, que motivó este cuento. Es mi primera publicación. Hoy en día trabajo como psicólogo residente en el distrito de Morón.



Felipe Quiroga

CHANCHÍN

Era mi segunda noche en el nuevo departamento. Todavía no había tenido tiempo de instalar las cortinas y estaba pegando papel de diario en la ventana de mi dormitorio para tener algo de privacidad cuando tocaron el timbre.

—¿Hola? —dije, sin abrir.

Golpearon la puerta.

—Abrí, campeón, soy yo —dijo una voz del otro lado.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo. Abrí. Soy Chanchín.

—Disculpá, creo que te confundiste. Yo me mudé ayer. Soy nuevo.

—Sé quién sos. Te llamás Nicolás Bianco. Mi mamá es la dueña del departamento. Abrime.

Me quedé callado, pensando en cómo reaccionar.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí, sí. ¿Qué necesitas?

—Vengo por lo de la cláusula diez, punto tres a.

—¿Qué cosa?

—El contrato. Cláusula diez, punto tres a. ¿No te acordás del contrato de alquiler?

—Sí, pero no sé qué cláusula es esa.

—¿Lo leíste al contrato antes de firmar?

—Sí —mentí. Traté de recordar, pero tenía la mente en blanco. Fui al dormitorio y me puse a buscar el contrato: la habitación estaba a medio ordenar. La cama y el piso

estaban cubiertos de ropa y cajas. Era imposible encontrar algo en ese caos.

—¡Nico! —gritó el tal Chanchín—
¿Estás? ¡Dale que llamo a la Policía!

—¡Estoy! Esperame... me estoy cambiando.

—Me importa tres carajos. Abri-me o tiro la puerta abajo.

Asustado, corrí de nuevo hacia la entrada. Giré la llave y me encontré de frente con un joven de unos veinticinco años, alto y panzón, de hombros caídos. Alzaba un chihuahua.

El joven, vestido con Crocs, bermudas y una remera con el rostro del Che Guevara, entró al departa-

mento haciéndome a un lado con el brazo.

—Ya era hora —dijo.

—Mirá, disculpame, es tarde y ya me estaba por ir a dormir. ¿Podríamos ver lo del contrato mañana?

Chanchín entró al dormitorio y examinó mis pertenencias con una mueca de desagrado. Me miró.

—¿Estás loco? —me preguntó— El contrato es el contrato. Vos sabías lo que estabas firmando. Ahora hay que cumplirlo. Hoy es viernes y son las once de la noche.

Suspiré.

—Te soy sincero —le dije—, no me acuerdo qué decía esa cláusula. Pero igual no podés entrar al departamento así como si nada,

por más que seas hijo de la dueña.
Ahora vivo yo acá.

Chanchín me miró y me dedicó una sonrisa boba. Dejó al chihuahua en el piso. Se acercó y me clavó el dedo índice en el pecho.

—El contrato es el contrato.

Empecé a pensar que Chanchín no estaba bien de la cabeza. Se me ocurrió que lo mejor era seguirle el juego.

—A ver —dije—. Está bien. Recordame por favor lo del contrato y terminemos de una buena vez con esto.

—“Cláusula diez, punto tres, a —recitó Chanchín, poniéndose firme—: el inquilino se compromete a pasar todas las noches de

los viernes, entre las once y las dos de la mañana, en compañía de Cristóbal Abel Mendoza, alias Chanchín, hijo único de la propietaria, y de Pupo, perro de raza chihuahua, mascota de éste. El inquilino se compromete a simular una relación de amistad con Cristóbal Abel Mendoza y a organizar actividades, salidas y/o juegos con el fin de entretener a éste”.

—¿Qué? —dije— ¿Es una broma?

—Está en el contrato. Lo firmaste.

—Pero no puede ser...

—Dale que son las once y veinte. Estamos perdiendo el tiempo y me estoy aburriendo. ¿Querés que

te denuncie con mi mamá por incumplimiento de contrato?

—Mirá, la verdad que no me parece esa cláusula, nunca escuché algo así. Tendría que verlo con un abogado.

—Nada de abogado. Ya lo firmaste.

Me dejé caer en un sillón, con la vista fija en el piso, tratando de pensar qué hacer.

—¿Y? —me preguntó Chanchín— ¿Qué onda? ¿Salimos o nos quedamos acá? Estaría bueno pedir una pizza. A mí me gusta esa con ananá.

Sentí náuseas, no por la pizza con ananá, sino por la situación, o sí, capaz que por la pizza también. Al

final, terminamos negociando: pedimos una con morrones.

Yo comía en silencio.

—¿Y? —me preguntó Chanchín con tono de fastidio. Yo no había terminado la primera porción y él ya iba por la cuarta. Tiraba los bordes al piso para que Pupo se los comiera— Contate algo. Acordate que estás contractualmente obligado a simular que sos mi amigo y a entretenerme hasta las dos de la mañana. ¿No tenés Play 5?

No sabía qué decir. La situación me parecía totalmente irreal.

Entonces, se puso a hablar sin parar: me contó de la vez que se quedó encerrado en el ascensor

durante diez horas y se vio obligado a beber su propia orina.

Finalmente, se cumplió el tiempo establecido.

—La próxima semana a ver si le ponés más onda —pidió antes de irse—. Capaz que podemos ir al cine o a bailar. Pensalo.

Me puse a limpiar, sin saber qué más hacer. Lo que en un principio pensé que era una aceituna negra que se había caído al piso en realidad resultó ser un minúsculo excremento del chihuahua.

Después me puse a buscar el contrato de alquiler, pero no lo encontré.

Al día siguiente fui a visitar a la propietaria del departamento, una

jubilada encorvada y de anteojos muy grandes.

—¿Algún problema? —me preguntó al recibirme.

—La cláusula diez, punto tres, a —contesté.

—¿La qué? —dijo.

—Su hijo, Chanchín.

—¡Ah! Así que ya conoció a Chanchín... —dijo, como si fuera lo más normal del mundo— Pero él no es mi hijo.

—¿No?

—Es un chico medio rarito que vive en el mismo edificio, en el octavo C. Es inofensivo. Seguro te inventó lo del contrato, que tenés que hacerte pasar por el amigo. Se lo hace a todos los inquilinos

nuevos porque ninguno se toma el trabajo de leer bien el contrato. No lo hizo por maldad. Yo creo que es porque se siente un poco solo. De todas formas, quedate tranquilo que voy a hablar con el encargado para que no te moleste más.

El viernes siguiente, Chanchín no volvió a llamar a mi puerta y, por extraño que parezca, me sentí algo decepcionado. Mientras cenaba solo en mi departamento, me reí al recordar la insólita situación. No dejé de pensar en él en los siguientes días.

Llegó un nuevo viernes a la noche: puntual a las once, con una pizza con ananá, subí hasta el octavo

piso y toqué el timbre del departamento C.

—¿Hola? —dijo Chanchín del otro lado de la puerta.

—Abrí, campeón, soy yo —dije.



Felipe Quiroga

Nací en 1985 en San Miguel de Tucumán, donde vivo actualmente. Soy licenciado en Comunicación Social y Máster en Periodismo. Mis cuentos integran las antologías *En pocas palabras: microficciones del Noroeste* (Consejo Regional Norte Cultura, 2014), *Premio Municipal de Literatura* (Municipalidad de San Miguel de Tucumán, 2014), *Umbrales y Crepúsculos* (Textos Intrusos, 2015), *5x5* (Ediciones Trompetas, 2016), *Microficciones Teatrales 2* (Macedonia Ediciones, 2018) y *Microficciones teatrales 3* (Municipalidad de Neuquén, 2019).



UN CUARTO PROPIO

Claudia Chamudis

Papá llegó ese sábado de la inmobiliaria con la cara hecha una juguetería. Hizo tintinear el juego de llaves de la nueva casa delante de nuestras narices. Tomamos un colectivo y desde ahí caminamos hasta un portón de madera con el frente recién pintado.

Esta casa sí que está buena. Nada que ver con el departamentito al fondo del pasillo en el que pasamos los últimos años. Como ya estamos cancheros en esto de las mudanzas, fuimos consiguiendo cajas en el súper y en pocos días pudimos meter toda nuestra vida en el camión. Mamá me hizo dejar mi colección de piedras de Córdoba porque dijo

que ya estaba cansada de trasladar porquerías.

Ahora tenemos una cocina con muebles relucientes, un comedor enorme y, por primera vez en la vida, una habitación sólo para mí. Mi hermana eligió la del fondo y mis dos hermanos armaron la suya en el garaje, total no tenemos auto.

Mi pieza es perfecta. Chiquita, sí, pero mía.

A mi hermana le llevó semanas acomodar su dormitorio. Ahora está en la onda rosada, así que se dedicó a forrar cada uno de los libros de su biblioteca con papel afiche. Para el cumpleaños le pidió a la abuela un cubrecamas con floritas y una cortina de vual, que es

como un tul finito. Todo rosado. Me asomo por la puerta y me dan ganas de vomitar.

Yo enseguida armé el mío: la cama y una máquina de coser que mamá no usa más así que ahora es mi escritorio. En mi habitación no hay placard pero no me importa. Mis hermanos llenaron su pieza con pósters de autos deportivos y unas motos horribles. Y además comparten. Yo no.

Mamá dice leé a Virginia Woolf porque ella dice que para escribir las mujeres deben tener un cuarto propio.

Yo ya no sé si quiero ser escritora.

A veces me parece que podría ser actriz porque cada vez que nos mudamos es como que yo cambio de rol. En esta casa me siento más importante, más fina. Cada vez que salgo a hacer los mandados me peino, me ato bien los cordones de las zapatillas y represento un papel de *chica bien*.

Estamos felices acá, con todos los servicios y cerca del centro y de la escuela, aunque en el fondo me parece que no nos merecemos una casa así. Mamá dice que es una locura lo que estamos pagando, que casi todas las horas que trabaja son para el alquiler. Yo la escuché a mi tía en el cumpleaños de mi abuela. No puedo asegurar que hablara de

nosotros pero decía que algunos quieren cagar más alto que el culo.

No le echo la culpa de lo que pasó a mi hermana. Acá los mosquitos en verano son insoportables, porque el césped está crecido y no tenemos máquina para cortarlo. Yo no pongo espiral, me hace mal a la respiración, que si no también hubiera prendido uno. Ella no se dio cuenta de que el vuelo del cubrecama iba a tocar la punta encendida del espiral. Me despertó a la madrugada. Sentí que me sacudía el hombro y me decía: hay mucho humo en mi habitación. Cuando miré había más que humo: el colchón ya se había prendido fuego y las llamaradas llegaban hasta mi

pieza. Corrimos a despertarlos a mamá y a papá, que dormían con la puerta cerrada. ¡Fuego!, grité y seguí corriendo para el cuarto de mis hermanos.

Cuando estuvimos los seis en la vereda el humo ya inundaba toda la casa. Mamá trajo la guía y el teléfono y me dijo: llamá a los bomberos. Los dos volvieron a entrar llenando baldes de agua de la cocina.

Di vueltas a la guía con las manos que me temblaban pero no podía encontrar el puto número. La B de Bomberos, la E de Estación de bomberos... Mi hermano mayor, el tranquilo, me sacó la guía de las manos y se fue directo

a las primeras páginas: números de emergencia.

No habrán pasado ni cinco minutos, que me parecieron horas, cuando llegó el camión rojo, haciendo sonar las sirenas. Varios vecinos salieron a ver qué pasaba pero ninguno se acercó. No llevamos tanto tiempo en el barrio como para que sepan nuestro apellido.

Los bomberos conectaron la manguera del camión y entraron a la casa. Al rato salió uno trayendo a papá, que tenía la cara tiznada y las manos hinchadas. Papá se quedó sentado en el cordón de la vereda. Mi hermanito más chico lloraba upa de mamá. Los otros tres

mirábamos todo como si la escena fuera una película de los sábados a la noche: un poco de aventuras, un poco de miedo.

Al rato apareció otro bombero con la gata, que se había quedado escondida en el baño. Mi hermana la abrazó. Qué suerte, qué suerte, decía y la besaba. Eso sí que no hubiera tenido remedio. Una vez que se fue el camión y el humo se disipó, entramos a ver los daños.

El fuego tiñó todo de negro. Los bomberos cortaron la luz por seguridad. Los seis nos sentamos en el comedor, a oscuras. Mi hermanito por fin se quedó dormido. Mi hermana no quería soltar la gata. Papá dijo que cuando se le deshinche la

mano va a hacer arreglar el anillo que le cortaron los bomberos con una pinza. Hay que hacer de nuevo el revoque de la habitación de mi hermana, cambiar la puerta que separa su cuarto del mío y pintar la casa completa. Mamá está preocupada porque dice que algo así nos baja la calificación como inquilinos, así que se ponen a discutir con papá si habría que avisarle a la inmobiliaria o hacernos los sota y pintar todo sin que se den cuenta.

Me acordé de mi tía. Me imaginé lo que va a decir cuando le tengamos que pedir prestada plata a toda la familia para los arreglos.

Recién ahí me agarraron las ganas
de llorar.



Claudia Chamudis

Soy docente desde hace más de veinticinco años. Profesora en Letras por la Universidad Nacional del Litoral y Magister en Semiótica por la Universidad Nacional de Córdoba. Hace pocos años retomé la escritura y volví a participar en talleres literarios. Había publicado en 1992 un cuento en la antología *Veinte Jóvenes Cuentistas Argentinos* de la Editorial Colihue. Obtuve primera mención en la edición 2016 del Concurso Literario Municipal Ciudad de Santa Fe. Algunos de mis relatos fueron publicados en diarios y revistas literarias.

Soy hija y nieta de inquilinos. Me mudé varias veces durante mi infancia y juventud. Ahora vivo en una casa propia en un pueblo rural cerca de Santa Fe. El tema de los alquileres, usufructos, usurpaciones y mudanzas aparece con frecuencia en mis textos.



LO HUÉSPED

Oscar Bustamante

*Ahí te guardo, te acuno, te celebro y
quizá te envidio, querida mía.*

Rodolfo Walsh

Que todo lo que existe dejará de hacerlo es un dato inevitable; que lo humano consiste en combatir contra ese olvido, también.

No sé por qué comienzo con esto, pero si de algo valiera la aclaración, lo hago pensando en mi hija, mientras miro este departamento, o más bien este pequeño pedazo de pared entre el ropero empotrado y la puerta, el lienzo en que con grafito marcamos su crecimiento.

Veo la primera marca. Tiene que haber sido con ella sentada, justo al lado de donde ahora descansa este tacho de látex blanco.

Recuerdo cuando entramos por primera vez con su madre. Quizás tenían en la inmobiliaria un listado con las mejores horas para visitar cada lugar. Probablemente no. Pero fue la hora justa en que el sol caía desde el sudoeste sobre las paredes de enduido fresco. Blanco, luz, aire, cansancio y lo avanzado del embarazo. Una visión beatífica.

La tapa del látex está pegada, y la caja de herramientas quedó en el baúl del auto. Trato sin éxito de usar las uñas, que se ponen blancas

y se pliegan sobre sí mismas. Salgo al pasillo y llamo al ascensor.

¿Cuántas veces habré hecho este mismo recorrido? ¿Cuatro veces por día, quizás seis los fines de semana o cuando recibíamos visitas, durante seis años? ¿Qué da eso, ocho mil y pico, nueve mil veces? ¿Importa?

No, el número no. Pero es la primera vez, en ocho o nueve mil, que recuerdo la mudanza, levantar los brazos para tocar el entramado del techo del ascensor, rogar que la cama y la heladera entren para no tener que subir seis pisos por escalera. Y más adelante, la cantidad de cajas apilables, de bolsas de supermercado llenas acumuladas

en el suelo. El ancho y el largo del cochecito.

Entro a ese espacio de penumbra y humedad que es la cochera. Una cueva donde guardamos algunos autos, camionetas y motos siguiendo designios marcados en el suelo. Como en el departamento guardamos cosas y personas. Las primeras se quedan quietas, las segundas no. En todo caso, la cochera y el departamento cumplen la misma función: escondernos del paso del tiempo, guardarnos de manera segura. Arrancarnos de la lluvia y de la intemperie.

Vuelvo con el destornillador en la mano. Mientras espero el ascensor junto a la pared azul con

sus manchas de humedad se me ocurre dejar una marca. Seis años en el edificio me enseñan que acá nadie va a pintar arriba. Pienso en un ouroboros pero me decido por otro símbolo negador del paso del tiempo. Garabateo una P con una V debajo, como envolviéndola con sus brazos extendidos.

Sentado de nuevo al lado del látex, abro la lata con la cabeza plana del destornillador, y dejo la tapa sobre el papel de diario. Veo las otras marcas del crecimiento de mi hija y sus fechas. Desde la primera hasta donde se detienen.

¿Por qué marcábamos esa pared incluso cuando dormía en el moisés en nuestra habitación? Nunca

lo hablamos con su madre. Ahora creo que era una forma de que se apropiara del espacio. Suena ridículo a la distancia, ¿apropiarse de qué? Si eso no era nuestro. Si a este departamento lo tengo que pintar, precisamente, porque no nos pertenece, como atestiguarán quienes lo habiten en unas semanas y marquen sus propias paredes. Pero ser padres es eso, el oficio de ofrecer cosas que no se tienen y certezas que no te convencen. Creo que lo hicimos bien. Creo que lo hicimos bien durante todo el tiempo que fue necesario. ¿Qué fue eso sino sostenerle la mano en la clínica?

Voy a fumar al balcón. Abro la puerta ventana con cuidado, como cuando lo hacía a escondidas para no despertarlas. Un gesto ridículo en la soledad del departamento vacío, mientras veo los edificios de enfrente y el cigarrillo ya está encendido. No sé cuándo pasó. Caigo en cuenta porque estoy pensando que quiero prender uno mientras el humo me abrasa la garganta. Eso es la adicción. Un agujero que los comportamientos rutinarios, ya mecánicos del cuerpo, no llenan. Eso son la adicción y este departamento.

Tirar las colillas desde acá siempre tuvo algo de deporte. Calcular el viento, la inclinación de la mano,

la tensión justa del índice con el pulgar para que la presión, al momento de soltar ese gatillo improvisado, sea la suficiente. Apuntar siempre al mismo lugar, entre los autos, esperando que no venga nadie. Es posible negarse a las reglas más básicas de convivencia sin por eso abandonar las preocupaciones por el bienestar ajeno. Pretendo, apenas, que nadie me vea.

Vuelvo y agarro la lata abierta. El péndulo que describe mientras camino salpica hilos finos sobre los mosaicos del suelo y los costados de mi pantalón. Manchando sus propios bordes con gotas gruesas que se deslizan muy lento mientras dejan su recorrido marcado,

mientras dibujan líneas tan arbitrarias como definitivas.

Está decidido. Yo no voy a pintar nada.

Que manden cartas documento, que llamen hasta que el celular se caliente y les queme el oído.

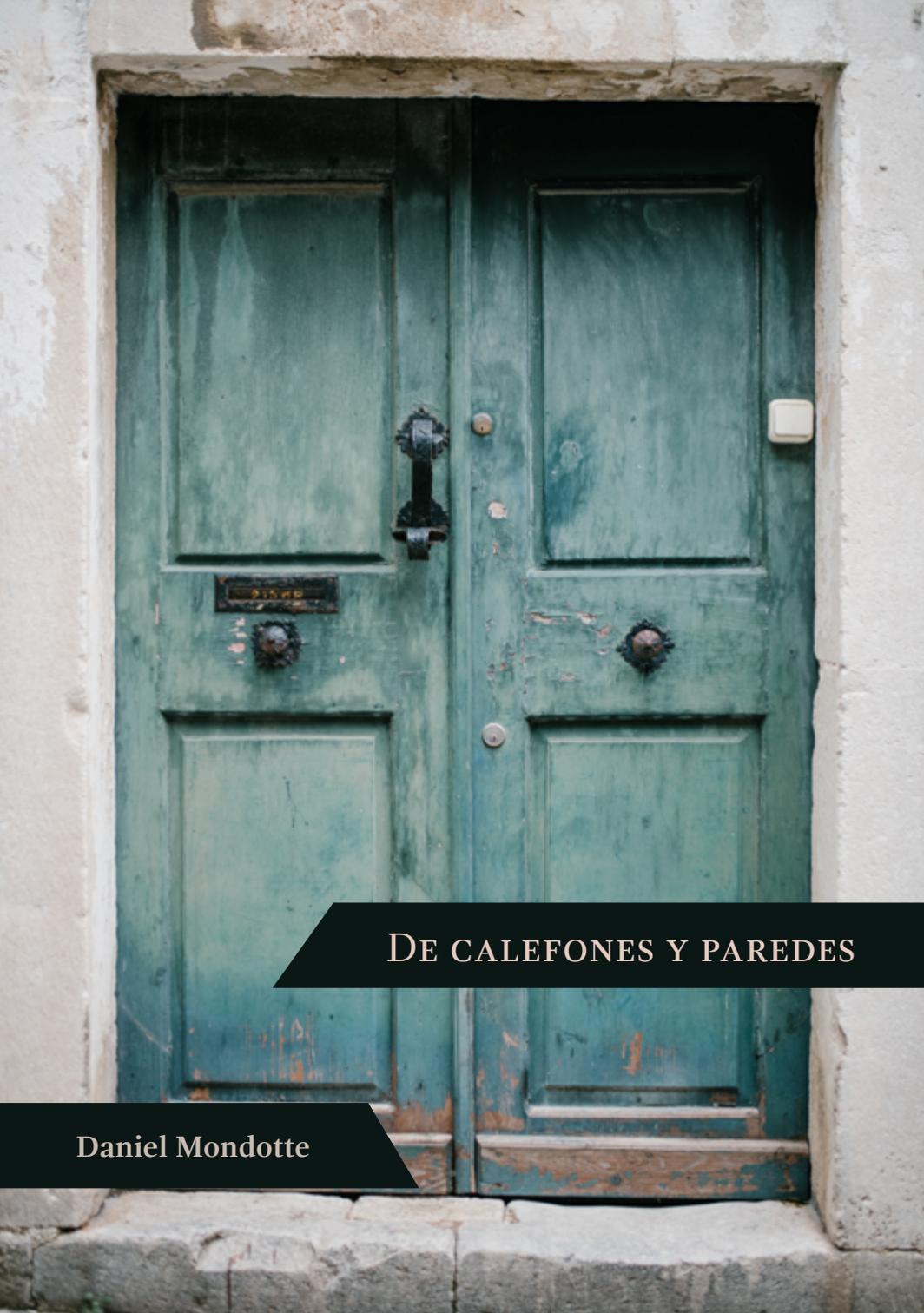
Bajo de este ascensor por última vez en dirección a la cochera, a mi izquierda el PV marcado en la pared azul. La P de padre, pienso. Y sonrío, y no hace falta contar como si fueran días o viajes o cigarrillos, esto sí es algo que no pasaba hace mucho.



Oscar Bustamante

Nací en 1985 en Paraná, Entre Ríos, donde vivo. Soy estudiante de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER) y militante peronista.

Publiqué algunas reseñas de libros y críticas de cine y series en Reseñas.net, Comunidad Anfibia y Polvo. Con el cuento “Andrómaca” obtuve el 1^{er} lugar en la categoría Adultos del Concurso 2017 de la Biblioteca Popular “Carlos Mastronardi” (Gualeguay, Entre Ríos).



DE CALEFONES Y PAREDES

Daniel Mondotte

Viernes, frío, lluvia. Uno de esos días en los que sentía que Buenos Aires me superaba. De alguna manera la ciudad se levantaba contra mí y todo me costaba un poco más. El transporte, la gente, el trabajo. Todo más difícil.

El calefón venía arrastrando problemas hacía rato. Como un futbolista importante cuyo equipo no puede darse el lujo de perderlo, podríamos decir que estaba jugando infiltrado desde unas semanas atrás. Con una dosis variable de ingenio e inconsciencia de nuestra parte, y el aporte esporádico e interesado del encargado del edificio, íbamos tirando y cubríamos más o menos bien la pérdida.

ES LA CALEFACCIÓN, ANDRÉS.
LA PINTURA DE LAS PAREDES
ESTÁ RAJÁNDOSE, NI HABLAR
DEL CALOR TREMENDO. TE-
NEMOS QUE HACER ALGO.

El mensaje de la Luci, cerca del mediodía, cayó como una bomba. Se veía venir, es cierto. La calefacción central no es un mal sistema; el problema es que las llaves de los radiadores estaban rotas desde que llegamos y no podíamos regularlas. Pleno invierno, calor insopor- table, ventanas abiertas y abrigo- puestos. Panorama complicado.

Ahora le sumábamos la cuestión de las paredes, que comenzaban a hervir un rato después de que comenzara a circular el agua por las tuberías. Lo único que era más o

menos nuevo era la pintura. Nosotros pintamos cuando llegamos. Y no queríamos volver a pintar cuando nos fuéramos porque faltaba poco.

La dueña era una suerte de tía lejana del Elián, la tercera pata de esta mesa cuyana. Camila su nombre. En la práctica ancestral de asociar nombres con edades (y formas de ser) algo no funcionaba. Camila parecía joven y agradable. La vieja era otra cosa. Discutidora empedernida de todo. Siempre a la defensiva, pensando que de algún modo estábamos engañándola. Arpía. Mala.

Los tres llevábamos poco más de dos años juntos. Yo fui el último en

llegar a Monserrat. Nacimos en la misma ciudad pero nos conocimos en Buenos Aires. Los tres compartíamos –en distintas cuotas– las razones que nos habían impulsado a salir de Mendoza: estudios, trabajo, deseos de capital.

La guerra fría había comenzado un año atrás, con los problemas de ese inodoro insufrible. Elián estudiaba Historia en la UBA y decía que nuestra relación con la propietaria era el enfrentamiento entre EE.UU. y la Unión Soviética. Pasamos por etapas en las que el conflicto escalaba, intervalos de distensión y, por supuesto, la búsqueda permanente de vínculos estratégicos con terceros: el

encargado era un aliado acérrimo de la dueña; Ana, la vecina de enfrente, toda nuestra.

Estábamos los tres de acuerdo en que dejar el departamento, con todo lo que entraña una mudanza, ya era traumático en sí mismo. Ese es uno de los dramas de quienes alquilamos: llevamos el lío allí adonde vamos. Podemos cambiar de barrio, dar con un propietario más humano, pero no podemos evitar ser víctimas de ese gran agujero negro que son las expensas, los aumentos, gastar dinero en mantener un espacio que no es nuestro, poner la cara en situaciones que nos exceden, que nos desgastan.

Era fundamental resolver la crisis del calefón, y de las paredes rajadas, antes de que llegue el momento de hablar del depósito y del estado del departamento. Decidimos ir por todo y llegar adónde nunca antes lo habíamos hecho: invitamos a almorzar a Camila al epicentro del conflicto. No sabíamos bien si era el cansancio que arrastrábamos o, como dirían los amigos porteños, la ingenuidad propia de los que venimos del interior, lo que nos hacía pensar que un *tour* personalizado por las trincheras podía hacerla entrar en razón.

Dejamos todo en la cancha para generar el ambiente propicio. Por

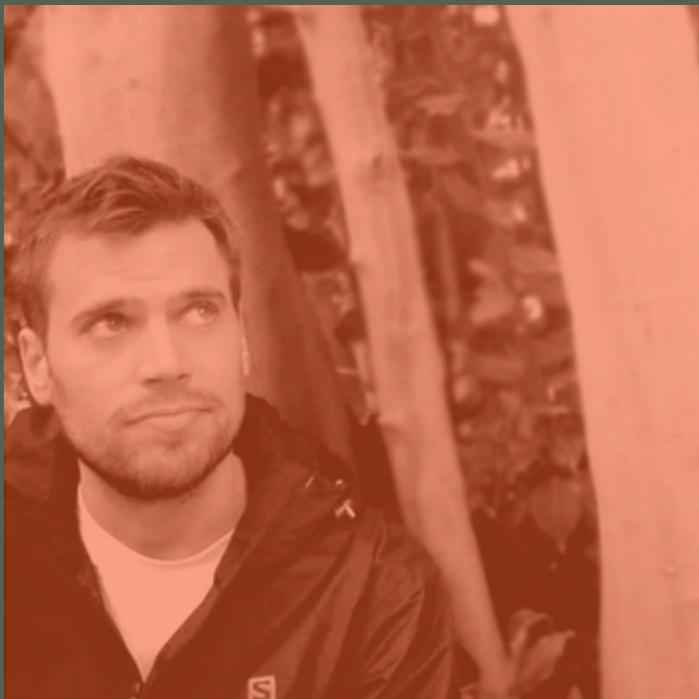
supuesto, ordenamos y limpiamos. Tengo que reconocer que sufrí en el proceso. Mis compañeros aprovecharon el momento y sacaron afuera muchos de mis tesoros urbanos. Pequeños, medianos y grandes objetos encontrados en la siempre generosa Buenos Aires. Compramos harina y la esparcimos con delicadeza sobre la mesada, para luego apoyar los ñoquis comprados a la vuelta y que pasaran como caseros. Hicimos lo que había que hacer.

Domingo

La vieja no aparecía. La llamábamos y nada. Tratamos de ubicar al hijo sin éxito. Almorzamos los tres

preocupados, pensando en que deberíamos ir a su casa para ver si estaba bien. Pero no hizo falta. Llamó un rato después para contarnos lo bien que la había pasado en el aniversario de sus vecinos José y Manuela; el asado que preparó el nieto de los homenajeados fue un espectáculo. Por supuesto, no había tenido tiempo de avisar que no venía.

Vieja loca. Esto todavía no termina.



Daniel Mondotte

Nací en 1989 en San Rafael, al sur de Mendoza. Estudié Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires. Viajo y escribo cada vez que puedo.



EL CAFÉ NO DESPIERTA

Matías Reyero

Se levantó a las 8 y tomó un café espantoso, lavado y sin espuma. Comenzó el día leyendo la noticia de los aumentos en el rubro inmobiliario. El café mutó de tibio a frío en esa acción. No alcanzó a bañarse. Entró al auto e insultó al aire por el sonido estridente del baúl. Subió el volumen de la radio, sonaba la noticia del aumento. Llegó a horario al trabajo, pero aún no tenía voluntad para atender a un cliente y venderle un producto que jamás compraría. Luego tampoco, pero al menos no estaría tan dormido. Usó la hora de almuerzo para comer un sánduche insulso. Trabajó hasta que la ciudad oscureció. Volvió a su departamento y

estaba cansado para cocinar. Pidió un delivery de mierda. Repitió escenas desde el lunes hasta el viernes, que se levantó dos horas antes de lo común para poder hacer un trámite. El viernes no fue viernes. Nunca los viernes eran viernes porque los sábados también trabajaba. Al atardecer del sábado salió del trabajo y sintió algo similar a la libertad. Se detuvo en la misma cervecería de siempre y lo atendió el mismo mozo de siempre. Se tomó dos cervezas y miró su arrugada camisa. Llegó a su departamento a las nueve e inmediatamente se desprendió de su ropa de empleado. Se bañó y fue a lo de un amigo. En el camino vio gente durmiendo en

la calle. Con el amigo hablaron de las mierdas de la semana. También de mujeres y microeconomía. Se emborracharon poco a poco. Discutió con él sobre la música que escuchaban; pidió algo más alegre. Se fumó un porro. Sintió el cansancio de la semana en sus pesados párpados. Cambió la cerveza por fernet, para levantar con el azúcar de la gaseosa. Percibió un deje de optimismo y luego más cansancio. Sus ojos se achinaron. Tomó con mayor velocidad porque creyó que no iba a aguantar la noche. Fueron a un boliche y entre ingreso y tragos gastaron la ganancia de la jornada laboral. Allí había olor a vómito, sensación térmica por encima

de los 40 grados y aglomeraciones que no permitían bailar a nadie en la pista. Tras cuantiosas fantasías; se despertó torcido con la luz del mediodía molestando entre las rendijas. Su boca era el desierto de Atacama. Se levantó, bebió medio litro de agua de la canilla y cerró las persianas. Tomó un ibuprofeno y volvió a acostarse. La cabeza le explotaba, pero logró dormir hasta las siete. Miró el partido de Boca. Cuando ganaba sentía que los planetas se habían alineado y cuando perdía que todo estaba arreglado. Esta vez empató con Banfield. Puso música fuerte, observó lo que tenía alrededor. Limpió y cantó un poco. Pensó en la noche anterior, pero no

recordó muchas escenas. Se preguntó si acaso en su cerebro tenía un interruptor que se había bajado de repente. Entró a Twitter y leyó a un idiota que escribió que el domingo era el peor día de la semana. Vio los miles de «me gusta» y bloqueó su teléfono. Pensó si, con un hijo, su rutina sería de más vida o más suplicio. Se llevó ese pensamiento a la comodidad de la cama. Creyó que el asunto podría aliviarse charlando con la almohada. Pero la almohada no habló y él se durmió antes de llegar a alguna conclusión. A la mañana siguiente tomó un café espantoso, lavado y sin espuma. Después se subió al auto.



Matías Reyero

Soy un apasionado en transmitir. Lo intento hacer en la escritura, en la fotografía y en la actuación. Me licencié en Comunicación Social y Periodismo en la ciudad de La Plata, donde nací. Tras la muerte de mi tía encontré en la escritura un escape y conexión con el más allá; con la muerte. Noté que ese ejercicio siempre me trajo al más acá, a la vida. Escribir es una forma de ponerle pausa al mundo; es atender a la mirada, a las sensaciones y la imaginación. Una forma de vida, un juego comprometido. Así siento la escritura.



PORTADAS DE LOS CUENTOS

El principio de la enredadera
Dmitry Zvoltskiy

Las bolsas
Michel Luo

El garante
Lina Kivaka

Tres visitas
Bonpland 1620, CABA
Google Maps

El Alta
Michael Gaida

Chanchín
Pierre Blaché

Un cuarto propio
Mikey Dabro

Lo huésped
Diagonal Toll 900, Adrogué
Google Maps

De calefones y paredes
Julia Volk

El café no despierta
Martín Péchy

aB

xfg

&eu

Esta tipografía puede ser
descargada gratuitamente
desde [AQUI](#)



Esta *tipo* fue creada en México. Pensada por un equipo de tipógrafos y diseñadores mexicanos reconocidos internacionalmente, y avalada por un grupo de oftalmólogos, neurólogos, editores e impresores, la Gandhi es la tipografía que más facilita la lectura.

Es una tipografía que, al compararse en el mismo tamaño con otras tipografías, se ve más grande lo cual facilita la lectura. Al ser impresa en inyección de tinta (el sistema de impresión más utilizado en México), alcanza su grosor ideal. A diferencia de otras tipografías, que al aumentar su tamaño crean una mancha que dificulta su comprensión y cansa a la vista, esto no sucede con Gandhi. Es una tipografía ligera, es decir, compone páginas con poco porcentaje de negro, una característica apreciada por muchos lectores. Fue seleccionada para formar parte de la muestra principal de Tipos Latinos 2012 *Quinta Bienal de Tipografía Latinoamericana*, la cual reúne las obras tipográficas más destacadas de la región.





1º Certamen de Narrativa Inquilina

“La voz de los inquilinos
y las inquilinas
no debe ser el
mercado inmobiliario”

ISBN 978-987-4140-11-1



9 789874 140111